

LA CARTA.

CUADRO OCTAVO.

Era la tarde. Pálido teñía
La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorjeaba el ruiseñor su último adiós.
La leve brisa apenas susurraba;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo;
Y el puro azul del infinito cielo
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde;
Blanda bajó la mirla al grato nido;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hunde en el lejano mar.

¡Escuchad! ¡Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura!
¿Quién huella osado la montaña oscura
Al despedirse el último arrebol?
Cuando en el horizonte adormecido,
Luenga dibuja la expirante sombra,
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol,

¿Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia? — De sorpresa herido,
Deja escapar un tétrico bufido
Sonoro y ronco el ágil alazán;
Luégo, trotando en torno, las orejas
Perfila hacia adelante, y enarbola

Tendida en pluma la poblada cola,
Al partir con atónito ademán.

Se inclina en tanto el solitario absorto
Á la lumbre del rayo vespertino,
Sobre un apolillado pergamino,
En el umbral de su mezquino hogar.
Vuelve al rumor insólito, ve un hombre
Y oye decir: — ¡Gonzalo!..... te lo ruego,
¡Huye! — ¿Y por qué he de huir? — ¡Toma! este pliego
Te va el secreto horrible á revelar.

¡Paz! — replica el ermita; el pliego toma,
Y á la llama oscilante y mortecina
De solitaria lámpara, se inclina,
Ve el sello y se estremece de terror.
¡Qué recuerdo fatal le sobrecoge!
¡Y cuántos ¡ay! se agolpan repentinos,
Vivos, abrasadores y continos,
Cual lavas de volcán abrasador!

Su mano tiembla. El hombre generoso
Que á buscar vino la infeliz morada,
En él fija la atónita mirada
Y parécele sueño lo que ve.
— ¿Es éste — exclama — es éste, por ventura,
Aquel Gonzalo de invencible lanza,
De nuestras armas lustre y esperanza
En los combates cuya gloria fué?

Mírame: soy el que salvaste en Pasto
Cuando por Rumipamba sus campeones,
Escoltados de innúmeras legiones,
Nos agobiaron en sangrienta lid.
Yo soy aquel Hernán, Hernán, tu amigo.
Yo sé, Gonzalo, tu infeliz historia,
Y tengo corazón, tengo memoria,
Y eso y la vida te lo debo á ti.

¿No te acuerdas de mí? Dí, ¿no recuerdas
Que solo al enemigo te lanzaste,
Y que mi cuerpo al bárbaro arrancaste,
Dándome á mí la vida, el triunfo al Rey?
¡Mírame aquí! Mi deuda pagar quiero,
Vengo á seguir ó á mejorar tu suerte.
Vida por vida doy, muerte por muerte:
Gratitud y venganza ésta es mi ley.

—Sí—repone Gonzalo;—ya recuerdo
El día triste, la batalla fiera;
Pero el que cumple su deber, no espera
Ni se le debe gratitud. ¿Por qué?
Era yo el jefe y responsable solo:
Tú perdiste el caballo..... ¡Oh! no te asombre
Que por primera vez sepa tu nombre:
Antes por él jamas te pregunté.

—Pues soy Hernán: te debo la existencia.
Hora ¿puedes dudar que soy tu amigo?
¡Ea! ya me conoces. Ven conmigo:
Voy á ser tu guardián y tu sostén.
Allá está tu opresor, acá tu hermano;
¡Ven al campo de Alvár!

—¡Fuera delito!

—No lo es que busque el infeliz proscrito
Vida y venganza..... ¡Ven!

—No puedo.—¡Oh! ¡ven!

—¡Hernán! ¡Hernán! ¡y juzgas por ventura
Que cuando es perseguida la inocencia,
La venganza, la infamia y la violencia
Se pueden oponer á la opresión!
¡Soy español! Mi honor, mi rey, mi patria
Antes que todo. De escuchar me indigno
Tu idioma, Hernán. Á todo me resigno
Antes que descender á la traición.

¡Déjame! ¡Adiós! —

Hernán avergonzado
Deja la choza, y el ermita exclama:
—¡Oh España! ¡España! ¿Dónde está tu fama
Dónde está, cuando un hijo de tu suelo
Osa invitarme al crimen, porque piensa
Que para mi venganza y mi defensa
Aun la traición es justa y natural?—

Y los ojos en lágrimas bañados
Puso en la carta, y trémulo la vía;
Pero el sello á romper no se atrevía,
Cual si á la realidad tuviese horror.
Rómpele al fin, y lee, y ardiendo en ira
Repítese cien veces la lectura,
Y apura ciento el cáliz de amargura;
Que es un placer jugar con el dolor.

Hay un lujo en sufrir: es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta,
Y á cada nueva faz que nos presenta
Meditar más para mejor sentir:
El corazón convulso en su despecho,
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre, que al soltar la presa,
Sólo la suelta por volverla á herir.

«Á GONZALO.

»¡Huye!..... Mi mano trémula la pluma
No acierta á gobernar, y estremecida
Tiembla sobre el papel, cual ave herida
Bajo la flecha aguda que le abrumba.
Nunca quise escribirte: hoy te escribiera
Si el universo entero se opusiera.

»¡Figúrate cuál es mi pesadumbre!
Traidor una sentencia te proclama;
Traidor todo el ejército te llama,

Y antes que el sol el horizonte alumbre,
Al sepulcro que te abre tu enemigo
Bajaré el nombre de traidor contigo.

» ¡Ay! Aquel bando infame y temerario
Hace saltar mi corazón de enojo,
Y al lado de la víctima me arrojó
Sin pensar en quién es el victimario.....
Y nada temo ya..... de cualquier modo
¡Vive!..... con esta voz lo digo todo.

» Mientras pensé que muerto te creía
Nuestro opresor cruel, yo respiraba
Y, sin amarte, á solas envidiaba
La montaña feliz que te escondía.....
¡Ojalá desde entonces hubieras muerto,
Y hoy no te viera de baldón cubierto!

» No sé qué me sucede..... Me parece
Esta carta un delito, aunque no quiero
Sino salvarte, y nada más espero.....
Tal vez estaré loca. Se estremece
Todo mi cuerpo. Yo no sé qué siento.
Amor..... no puede ser, pero es tormento.

» Tu existencia es el mar donde termina
De todos mis recuerdos la corriente:
Yo soy el triste sauce, tú la fuente
Que me refleja en su onda cristalina;
Y yo te busco como busca el cauce
¡Ay! de su arroyo el solitario sauce.

» ¡Gonzalo! al contemplarte deshonrado
Yo me olvido de todo y de mí misma;
En ti mi ser, á mi pesar, se abisma;
Y en tu desdicha inmensa concentrado,
Á ti sólo te busca, sí, á ti sólo:
Yo soy como el imán; tú eres mi polo.

» ¡Ah! quizá las mujeres españolas
Que el bautismo reciben en la cuna,
Tendrán más fortaleza y más fortuna;
Pero nosotras, bárbaras y solas,
Sin auxilio en la infancia, no logramos
Olvidar nunca al que una vez amamos.

» Te veo herido en sueños, y me inclino
Á restañar la sangre de mi dueño,
Y al compás de tu voz late en el sueño
En convulsión mi seno femenino,
Y me duermo por verte, sin pecado,
Porque dormida sueño en lo pasado.

» Salvador de mi Carlos, nunca olvido
Que arrancaste á mi hijo de la hoguera.
¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde estuviera
Sin ti, su redentor, mi hijo querido?
¡Oh! ¿Cómo ha de ser crimen escribirte,
Ni por el bien que hiciste bendecirte?

» Que me calumnie el mundo: no me importa.
Que dude tu opresor de mi inocencia:
Hay una voz secreta en mi conciencia
Que á agradecer y á redimir me exhorta.
Un poder invisible en tu camino
Me arroja, y obedezco á mi destino.

» Antes me estremecía el pensamiento
De escribirte, Gonzalo; y hoy en suma
No tengo más consuelo que mi pluma;
Y aunque mil veces arrojlarla intento,
Es imposible. ¡Mi existencia entera
¡Ay! derramar sobre el papel quisiera!

» Mas no pienses por eso que te quiero:
Si agradecida soy, no soy liviana;
Conozco lo que exige el ser cristiana.
Y ante mi dulce Redentor espero

Dejar el alma, de su mano hechura,
Sensible sí; pero inocente y pura.

»Hernán lleva esta carta, y yo me quedo
Lejos de ti, temblando por tu suerte.
¡Me cambiara por él, que puede verte!
¡Ay! pero apenas envidiarle puedo.
Sálvate, aunque Fernando me convenza
De haberte escrito..... ¡Oh! ¡Sálvate!

PUBENZA. »

EL CABALLO.

CUADRO NOVENO.

Mientras Gonzalo la aflictiva carta
Con voz cortada y trémula leía,
Hernán abandonarle parecía
En el delirio de su acerbo afán.
Lee, y dejando atónito su albergue,
¡Hernán! ¡Hernán! gritando, el monte atruena,
Mas sólo el eco, que le burla, suena
De lejos repitiendo: ¡Hernán! ¡Hernán!

¡Pubenza! iba á decir; mas la palabra
Muere en su labio, cual la pura gota
Que, entre la escarcha, del peñasco brota
Y se hiela al salir del manantial.
Se arma maquinalmente, y dando fuego
Á su cabaña mísera y pajiza,
Goza en ver reducidas á ceniza
Trovás, historia y gloria terrenal.

Entonces por su mente trastornada
Cruza un desesperado pensamiento,
Y concibe frenético el intento
De morir y dar fin á su dolor.
¡Yo traidor! dice; el eco le rémeda;

¡Traidor! el desdichado repetía;
¡Traidor! el monte á repetir volvía
Entre sus rocas ásperas.—¡Traidor!

Sintió dolor, sin obtener alivio;
Ardió en rencor, sin pretender venganza;
Lloró de amor, sin fe, sin esperanza;
Llamó á su Dios, su Dios le desoyó.
La gloria cortejó, le huyó la gloria;
Al hombre condolió y él le maldijo;
Buscó un asilo entre la selva fijo,
Y el eco de la selva le infamó.

Y ya gastada en la perpetua lucha,
Desmaya al fin la humanidad vencida,
Arrastrando en su rápida caída
El alma que sucumbe á su pesar;
El alma, por el polvo gobernada,
Que se deja llevar lánguida y floja
Cual por el huracán la seca hoja,
Como el alga liviana por el mar.

— ¡Ven, mi alazán! — prorrumpe el desdichado;—
Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro inmortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo halaga,
Huyamos de él; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante á aparecer.
¡Adiós, oh patria! ¡Por haberte amado
He perdido mi honor, estoy proscrito!
Sí; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio.....
Va á maldecirme España..... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
¡Esos tus fallos son, Humanidad!

¡Ven, mi alazán! — Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. ¡Adiós! ¡adiós!

Salva el caballo á saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrambas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima á otra sima se despeña,

Y como en un sepulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido, el condor.

En la inferior región, el triste buho,
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala,
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbite al potro en la pendiente pára,

Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su luenga sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
Á los cielos parece amenazar.

¡Mas vedle allí! ¡que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que rápido galopa,
El corcel empujando hacia el abismo!
¡Adiós! ¡adiós! ¡que en un instante mismo
Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo
Hierva el torrente en turbio borbotón.
— ¡Á morir! — grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotó de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
— ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido —
Exclama el castellano enfurecido:
— ¡Quieras ó no, conmigo morirás! —
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pie sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufá ronco, y la cerviz agita;
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí....
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda,
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzón y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves el silencio extiende,
Sobre él descende á guisa de fantasma,
Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huído!

¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente;
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar y sin vivir.

ESPADA Á ESPADA.

CUADRO DUODÉCIMO.

Aplazado el combate, Álvaro piensa
En don Pedro tan sólo: el buen anciano
Está tendido en la mitad del llano
Bajo su tosco manto militar;
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,
Las recias piernas juntas y tendidas;
Á no verse en su pecho las heridas,
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa
Los rizos de su cándido cabello,
Y al uno y otro lado de su cuello
Se agrupan como lirios á su sien:
Velados por los párpados sus ojos
En su entreceja pálida y extinta
Su postrer lucha con la muerte pinta
Cierta gesto de orgullo y de desdén.

Llora á su lado un niño, cuyos ojos
Azules contarán catorce abriles;
En sus tiernas facciones infantiles
Parecen las del viejo revivir:
¡Tan semejantes son! Alvar se llega,
Ante el cadáver póstrase de hinojos,
Y, al pasarle la diestra, de sus ojos
Vese una enorme lágrima salir.

Luego se aparta á recorrer el campo
Cuando llega la noche, y sepultura
Da á don Pedro; en silencio á la amargura
De la venganza entrega el corazón.
Y en su corcel de guerra cabalgando
Sale á dar nuevo pábulo á su duelo,
Buscando él mismo en el sangriento suelo
Quiénes los muertos enemigos son.

Por cinco caballeros escoltado
De la alta luna á la dudosa lumbre,
Busca alivio á su inmensa pesadumbre
Entre los muertos, con deleite atroz.
En puntos varios sus oídos hieren
La queja ronca, el grito gemebundo,
Y deléitate el ¡ay! del moribundo
Y del herido la doliente voz.

En medio de ese fúnebre concierto,
Á mirar los cadáveres se inclina,
Y sus rostros é insignias examina
Con bárbara y feroz curiosidad.
Al terminar la falda se detiene
Y dice: —¡Adiós don Pedro! ¡Te he perdido,
Pero al sepulcro que te encierra han ido
Muchos á consolar tu soledad!—

Luégo avanza, dejando de su escolta
El importuno, innecesario apoyo,
Y, solitario al borde del arroyo
Siéntase, en una piedra, á meditar.
Asido por la rienda su caballo,
Sobre el izquierdo muslo afirma el codo,
En la mano la frente. De ese modo
Venganzas sueña y burla su pesar.

Estaba así, cuando del lado opuesto
Mover las ramas siente. Un personaje
De la sombría selva entre el follaje

Emboscado descubre;—¡Alto! ¿Quién va?—
Exclama ya á caballo, y al oírle
Fulmina el arcabuz entre las ramas,
Y—Va la muerte, pues la muerte llamas—
Una voz hueca le contesta allá.

Mas huyen sin herirle.—¡Haz alto, espera!—
Dice Alvár, persiguiéndole—¡cobarde!
Vuelve á mirar siquiera, que ya es tarde,
Y á ti el valor te falta, á mí la luz!—
Sigue la escolta á Alvár, y él grita siempre:
—No huyas así de una caricia pía;
¡Ven á probar tu lanza con la mía,
Ó toma tiempo y carga el arcabuz!—

Súbito el fugitivo se detiene,
Y dice:— ¡Ven á ver si soy cobarde;
Y aunque tienes escolta que te guarde,
Y no hay ninguna que me guarde á mí,
Aquí os espero, á ti y á tus amigos!
Venid uno en pos de otro, ó todos juntos;
Que si en la liza no quedáis difuntos
No será, no, porque te tema á ti.

— Si solo estás á fe de caballero,
No he menestér, para vencerte, ayuda;
Retiraré la guardia que me escuda,
Y quedaremos en el campo dos.
— ¡Venid, todos venid, me basto á todos!
— ¡Idos! — dijo don Álvaro. Se fueron,
Y ya él y el incógnito tuvieron
Sólo testigo de su duelo á Dios.

Viajeras nubes con su tardo paso
Los rayos de la luna interrumpían,
Y á la dudosa lumbre se veían
Las bruñidas corazas centellear.
Un ágil alazán gobierna el uno;
Leve es su cuerpo, negra su armadura,

Y columpia su elástica figura
Como junco ante el viento, al cabalgar.

Su cuerpo de castillo ostenta el otro,
Y sus brazos atléticos y diestros,
En ejercicios bélicos expertos
Y en manejar indómito bridón.
Éste revuelve el animal macizo,
Mientras la luna con su luz platea
La roja pluma que en su casco ondea
De leve brisa al soplo juguetón.

Páranse frente á frente, y el de negro
Dicele antes cortés:— ¡Oh! no te asombre
Que yo me atrevá á preguntar tu nombre....
Y Álvaro:— De vencido lo sabrás.
— Siento haber sido tan cortés contigo:
Si me protege Dios, en breve espero
Saber tu nombre, ¡oh fuerte caballero!
Y no vencido.... vencedor quizás.

— Un temor excusable.... ¡Basta, basta!
Cuando yo quiero plática y placeres,
Gracioso busco, y necios, y mujeres
Que me diviertan, ¡enemigos no!
— Silencio, pues, y guárdate— replica
Con lanza en ristre el caballero airado,
Y alzó la rienda, y el caballo hincado
Fué con furor, y con furor partió.

Álvaro, en tanto, que su lanza había
Abandonado con segundo intento,
Haciendo un repentino movimiento
Evitó el choque y le dejó pasar.
Rózase el asta de la luenga lanza
Apenas con su cuerpo. Á corto trecho
Paró aquél su caballo con despecho
Cuando del otro se sintió burlar.